

# La cerámica o el medio cerámico

Gilberto Arango Escobar

## Vasija o figura

La o el antepasado muy antiguo yace descansando en la orilla del río. Para ponerse de pie, siente cómo su mano se entierra agradablemente en un lodo de color rojizo; retira su mano y observa cómo esta ha quedado impresa en el lodo con todos sus detalles. Inquieto, vuelve y la entierra de nuevo a un lado de la primera, dejando una huella idéntica; luego, motivado por su hallazgo, extrae un poco de ese lodo y comienza a amasarlo. Forma un rollo, lo tira, forma otro rollo, luego una bola, la tira y, entretenido, repite muchas veces la misma operación. Cuando el sol, antes abrasador, comienza a ocultarse, voltea a ver los primeros rollos y su primera bola y observa que se han puesto duros como piedras y están calientes, como aún lo están las piedras, el suelo que pisa y su misma piel: el sol ha hecho su trabajo.

Feliz con su descubrimiento, va a contarlo a su pequeño clan. Después de una noche mágica, llena de sueños plagados de formas de barro creadas por él, al otro día regresa al río, pero esta vez con un fuerte deseo de crear muchas formas con el lodo, las cuales va poniendo al sol en las piedras que hay en la orilla.

Este juego lo repite día tras día, cada vez que se lo permiten sus otras tareas en el clan. Va observando cómo las piezas, mientras más sol reciben, más duras se ponen. Lo más estimulante, para esta o este antepasado, es el hecho de estar creando algo que antes no existía. Pero un inesperado ac-

cidente cambiaría su juego. Mientras se encontraba llevando sus piezas al sitio donde las almacenaba, tropezó justo al lado de la hoguera que tenía encendida para asar su pescado del día, derramándose parte de estas dentro del fuego.

No le dio mayor importancia al accidente, hasta el siguiente día cuando nuestra mujercita u hombrécito vio entre las cenizas que sus piezas se habían convertido en piedra. Ahora sí, piedras de verdad, piedras que eran, además, de su creación. Siente entonces que la o lo embriaga una rara sensación, la inquietud de presenciar algo grande, esa inquietud típicamente humana que aparece y desaparece y que nos ha llevado desde siempre a investigar, a crear. Si hice piedras, se dice, ¿qué otras cosas puedo hacer?

“El azar sirve sólo a la mente que está preparada”, decía Pasteur. La pregunta que siguió fue: ¿con esta forma de hacer piedras ahora qué hago?, ¿hago cosas útiles (la *tecné*) como platos, tinajas, cuencos? ¿o hago cosas inútiles, pero que me produzcan placer en el espíritu, como figuras de mis deidades, una representación de la mayor del clan que sabe de yerbas y nos cura, de la partera o del gigante cazador? Y, ¿por qué no hacer los cuencos para el agua, para cocinar y comer, pero con decorados, trazas, dibujos, tallas, hombres y animales superpuestos?

Algo así parecido pudo ser el evento originario de lo que desde ese momento se viene repitiendo, una y otra vez, a lo largo de nuestro tiempo de seres con capacidad de crear.



Anita Rivas Uribe. De la serie *Trompos*. Modelado a mano y unión de rollos, engobes, bruñido y esmaltes. Dimensiones variables. s. f.

## Tierras, más agua, más fuego

La arcilla, gran protagonista de la cerámica, abunda en todos los rincones de la tierra y está compuesta principalmente por micropartículas rocosas ígneas, magma o lava, que es la mayor parte de la corteza terrestre. Los gases calientes del interior de la tierra actúan sobre el magma antes de que se enfríe y se endurezca, transformando la roca en arcilla. Esta arcilla primaria (aluminio, sílice y agua) es la que se utiliza para fabricar la porcelana y debido a que sus micropartículas son de formas muy desiguales y ásperas son poco plásticas y difíciles de moldear. La acción del agua y la erosión a las que han sido sometidas por millones de años transforman estas arcillas primarias en arcillas secundarias, limando las micropartículas, suavizando sus contornos, organizándolas entre ellas, haciéndolas plásticas, y permitiendo que ingresen a ellas otros materiales

como los óxidos que les dan color y otras cualidades. Estas arcillas se fueron depositando en las riberas de los ríos y en vetas o capas localizadas en distintas profundidades del suelo.

Cuando el alfarero o el ceramista amasa la arcilla está completando este proceso natural de hacerla plástica y distribuir homogéneamente en su interior sus partículas y todos los demás elementos que se le incorporan para lograr los efectos o cualidades que busca obtener en los objetos moldeados, después de que pasen por su examen final y definitivo que es el fuego.

El fuego transforma la arcilla, la convierte en material duro, pétreo, hace que los distintos materiales se mezclen, reaccionen, se fundan, aporten colores, texturas y efectos diversos cuya intensidad y potencia aparecerán cuando las piezas salgan del horno y



Anita Rivas Uribe. *Calabaza*. Modelado a mano y unión de rollos. Marmolado. s. f.

se enfríen a la temperatura ambiente: momento mágico, momento culmen, esperado con ansia por el alfarero o ceramista.

El fuego transformador cambia entonces la estructura física, el aspecto del material cerámico de soporte: su dureza, timbre, porosidad o impermeabilidad, su peso, color y textura, así como la superficie sobre la que se han agregado los materiales de decorado, afectando su brillo, opacidad, textura, etc. Estos cambios pueden ser leves o dramáticos, según el tipo de horno, los grados de temperatura y los tiempos de cocción y enfriamiento a que son sometidas las piezas.

Desde los 227 °C comienzan a presentarse cambios químicos en el material cerámico; de 700 °C en adelante comienza la cocción

de los esmaltes; de los 950 a los 1.150 °C se obtiene barro cocido hasta un límite de temperatura de unos 1.250 a 1.300 °C; de ahí en adelante, el material cerámico convencional comienza a colapsar. No obstante, existen materiales cerámicos que resisten altísimas temperaturas, pero esa es otra historia.

Así pues, *preparar la pasta* cerámica con los materiales indicados por la experiencia acumulada y la propia; *moldearla* adecuadamente, según la pulsión del o de la ceramista; *decorar* las piezas incorporando elementos a la superficie de la pasta cerámica de base y, por último, *hornear* a las temperaturas y en los tiempos recomendados o aprendidos para cada caso, han sido desde siempre, desde las culturas arcaicas hasta las modernas, los cuatro momentos básicos del trabajo cerámico.



Anita Rivas Uribe. *Calabaza*. Modelado a mano y unión de rollos. Esmaltes. s. f.

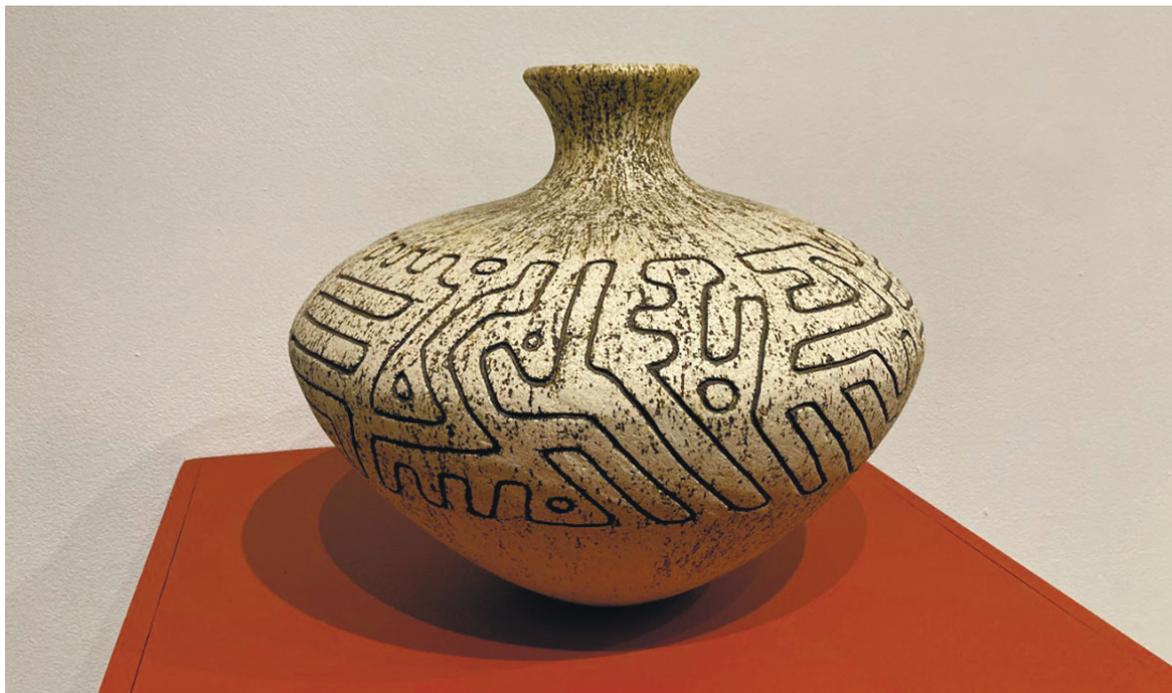
Con respecto a los acabados, la experimentación con óxidos, pigmentos y una amplia gama de elementos minerales, vegetales y sus combinaciones, abren un panorama prácticamente infinito de opciones para cautivar a la gente, lo que hace que cada ceramista o cada taller deba crear su propio catálogo. Esta tarea de experimentar acabados se convierte para muchos en el principal objetivo de su trabajo, dejando en un segundo plano la exploración en el ámbito de las formas. Otros privilegian la exploración formal, limitando los acabados a lo que esta sugiera.

Existe diversidad de técnicas disponibles para hacer cerámica: mono cocción (una sola quema), la cerámica de moldes, el *raku*, la pasta papel, la doble quema (una para el bizcocho y otra para el acabado), la cerámi-

ca de alta temperatura, entre otras, todas ellas con sus propias reglas de juego. Está en manos del ceramista decidir cuál escoge o si prefiere una combinación de ellas.

Nos encontramos entonces con que el universo cerámico ofrece un panorama de acción expandido tal, que para abarcarlo se necesitarían muchas vidas, de tal forma que en la práctica cada taller de cerámica es el que decide a qué le apuesta, de ese gran súper muestrario de posibilidades, con la certeza de que conocer la opción escogida a cabalidad y manejarla a voluntad, puede llevar toda una vida.

Sólo en el saber colectivo, en el cual se han sumado en el tiempo y el espacio múltiples saberes individuales; en una técnica y en



Anita Rivas Uribe. De la serie *Rescatando ancestros*. Modelado a mano y unión de rollos. s. f.

unas formas que han alcanzado su madurez y han sido transferidas por generaciones, se puede hablar de la existencia de una cultura cerámica local; ejemplos de ellas, las cerámicas griegas o romanas, las chinas o las de la América prehispánica y, más actuales, las de Talavera en México, las de Ráquira en Boyacá o las de El Carmen de Viboral en Antioquia.

## Epílogo

En mis quince años de ceramista, desde que me jubilé como profesor de Arquitectura en la Universidad Nacional, puedo decir que, gracias al llamado que me hizo la cerámica, he imaginado mundos; he diseñado, creado, triturado, humedecido, tamizado, secado, amasado, mezclado, enrollado, aplanado, cortado, ensamblado y pegado; he moldeado, cortado y perforado, agregado y pulido; he llenado y tallado, pintado, esparcido y

agregado; he bruñido, alisado y horneado; he quemado, y también me he quemado; he craquelado y metalizado; he fracasado y he triunfado; pero, lo más importante, he gozado.

Ahora que de nuevo la cerámica, por años estigmatizada como arte menor, ha entrado a academias y museos y que comienza a colonizar salas de exposición y eventos de arte, no queda sino invitar a los jóvenes estudiantes de arte, de disciplinas creativas o de cualquier otra disciplina que se quiera complementar con un hacer en el campo de lo sensible, a que se acerquen a la cerámica, bien como público a disfrutarla, bien como practicantes del deleitoso arte de manipular la arcilla y sus aliados.

**Gilberto Arango Escobar** es profesor emérito de la Universidad Nacional de Colombia —sede Medellín—.